

MI REENCUENTRO CON MIGUEL DE UNAMUNO, A TRAVÉS DE SU MEMORIA Y DE SU OBRA

José Luis GÓMEZ

Me encontré con la obra de Miguel de Unamuno por primera vez en 1957, a mis diecisiete años. Había buscado, o llegado a mis manos, *Del sentimiento trágico de la vida* y, movido por su reputación, me dispuse a leerlo. Lo dejé a medias.

En los años siguientes, empeñado en un tras-tierro voluntario, mis lecturas debieron ser de otras lenguas y otras literaturas y, al cabo de cierto tiempo y casi sin percatarme, me fueron más familiares Goethe, Bertolt Brecht o Georg Büchner, que Calderón, Valle Inclán, Unamuno o Cervantes.

Volví a España en 1970, movido por la necesidad de tierra y de lengua.

Viví las siguientes décadas inmerso en una muy intensa actividad profesional, en el teatro público y con mi propia compañía, en la actividad cinematográfica y, desde principios de los noventa, empeñado en la fundación y

construcción del Teatro de La Abadía a lo largo de un cuarto de siglo.

«LA ISLA DEL VIENTO»

Fue antes del verano de 2015 cuando mi agente cinematográfica, Isabel González, me alertó de que un director joven quería rodar un filme sobre el exilio de Miguel de Unamuno en Fuerteventura, y que deseaba encontrarse conmigo y hacerme la propuesta de encarnar al escritor.

Me encontraba a la sazón, ya en el mes de julio, actuando en el Festival de Teatro Clásico de Almagro y le propuse, de buen grado, que se acercara allí a trasmitirme la propuesta. Vino acompañado de su productor. Desconocía cualquier dato profesional de Manuel Menchón, que así se llama y a quien ya considero mi amigo, pero su exposición del proyecto fue discreta y elocuente y me convenció. La advertencia de que la película contaría con un presupuesto muy limitado no me desanimó.

En página anterior: *La isla del viento*, de Manuel Menchón. José Luis Gómez en el papel de Unamuno. Foto: Alejo Sabugo.



La isla del viento, de Manuel Menchón. José Luis Gómez en el papel de Unamuno. Foto: Alejo Sabugo.

A los pocos días me hizo llegar un documental, merecidamente premiado, sobre el salvamento de unos migrantes por un barco pesquero español en el Mediterráneo. Con medios muy exiguos el documental evidenció que se trataba, se trata, de un cineasta concienzudo y responsable, sensible. Y acepté el trabajo.

Propuse a Manuel que se acercara unos días a Punta Umbría, ese lugar de mi tierra adonde retorno puntualmente los veranos. Debí de llegar en los primeros días de agosto pertrechado con un álbum de fotografías de Unamuno. Yo ya había leído varias veces y, casi, interiorizado el guion. Siguiéron varios y gratos días de trabajo sobre el mismo, la vida y trayecto personal y político de Unamuno, sus relaciones familiares, su permanente enfrentamiento con el poder establecido.

Las fotos, diversas y pertenecientes a muchas etapas diferentes de la vida del escritor, nos dieron pie a conversar sobre esa vida. Cuando se fue volví a empezar, y terminé, *Del sentimiento trágico...* y decidí dejarme acompañar durante el rodaje por *Vida de don Quijote y Sancho*.

Al tratarse de un personaje real, que existió, las fotos constituyeron para mí un material de gran valor. De mis años de formación no he olvidado el ejercicio de contemplar la foto de una persona, embeberme en ella, imaginar cómo se siente, qué ha hecho antes y después de que fuera tomada... ¡Al fin y al cabo cualquier personaje de ficción, para lograr su encarnadura, ha de ser intensamente imaginado una y otra vez!

Quise tener alguna evidencia directa más y pedí entrevistarme con el nieto, Miguel de Unamuno Azcárraga, y le pedí que me contara impresiones de su abuelo; pero lo que contó me fue interesando menos que la huella que creía percibir del abuelo en el nieto. Sentí que la huella era honda.

Algunos días antes del rodaje, que duró del 15 de septiembre al 12 de octubre, con los imaginables aprietos, volé hacia Fuerteventura. Las circunstancias vitales, las razones de su exilio a la isla, la oposición de Unamuno al golpe del dictador Primo de Rivera y a Alfonso XIII, que lo apoyó, me eran ya bien conocidas. Pero no imaginaba entonces que iba a convivir con la

memoria de Miguel de Unamuno hasta mucho tiempo después, hasta hoy.

El impacto de la isla y su paisaje sobre el viajero es inmediato y durable. Y yo no fui una excepción. A lo largo de las cortas semanas que viví allí mi sensorio se colmó de impresiones inolvidables: valles, barrancas, riscos, montañas que parecían moldeadas por la mano del hombre, la silueta repetida e inconfundible del Tindaya, la fina línea descendiente de los «cuchillos», caseríos entre palmeras, pueblos blancos, volcanes durmientes, majadas, las dilatadas extensiones de «malpaís», el barrunto del mar cercano, delante o detrás, la «magua» omnipresente, dictada por la condición insular y nostalgia de otras tierras más allá del océano. ¡Y el viento...!

A excepción de unos pocos actores peninsulares el reparto estaba constituido por actores canarios, muy buenos compañeros, responsables y gratos, que culminaron su trabajo con acabamiento. Y fue verdadero gusto oír el acento canario cuando trabajábamos o departíamos, más allá de la veracidad que aportó a nuestro trabajo, pues aquellos actores enriquecieron nuestros diálogos con terminología autóctona campesina, que recordaron de sus familiares o antepasados.

Nada más llegar tuve mi prueba de vestuario. Yo había rogado que, ante las previsibles jornadas de rodaje exterior, las cabalgadas a lomos de camello y el constante caminar de Unamuno, que tanto le distinguía, su sempiterno traje negro fuera de tela ligera y transpirable con objeto de hacer más llevadero el previsible impacto del calor.

La prueba tuvo lugar un atardecer, con cámara y luz de rodaje. Pero infortunadamente el operador, nada más ver la prueba, con buen sentido estimó que la tela daba una apariencia

muy moderna, impropia del personaje. Y se desechó ese traje ligero y sustituyó por otro de paño grueso. A partir de ese instante los calores me acompañaron día a día.

Recientemente he sabido que aquella prueba de vestuario fue pura mentira piadosa urdida por el director con el operador: ¡llevar el traje de paño grueso era lo que tocaba!

Me preocupaba la caracterización, el maquillaje. Menchón desechó enseguida cualquier aplicación de prótesis o postizos e hizo buscar la impresión más natural. Yo no podía imaginar, tras haber mirado con atención muchas de sus fotos, que pudiera alcanzar algún parecido con mi personaje. Y también estaba preocupado por mi estatura: en las imágenes, Unamuno me parecía más alto que yo. Pero no parece que fuera así y creo que imponía por su formidable fuerza interior: ¡ahí me esperaba, sin duda un gran desafío! Las excelentes maquilladoras canarias lograron un extraño y sorprendente parecido. Al terminar las sesiones me quedaba largos ratos ante el espejo, imaginando y sintiendo.

Tras poco más de tres semanas terminó el rodaje en la isla durante el que, su director, lidió con las evidentes limitaciones materiales con buen temple siempre. Y nos trasladamos a la península para rodar en Salamanca las pertinentes localizaciones, con la secuencia crucial del Paraninfo y el consiguiente enfrentamiento histórico entre Miguel de Unamuno y el general Millán Astray. En esos días Manuel Menchón, ante mi permanente demanda de lecturas asociadas, me pasó el libro de Egidio *Agonizar en Salamanca*, que sembró en mí la necesidad de seguir trabajando con Unamuno.

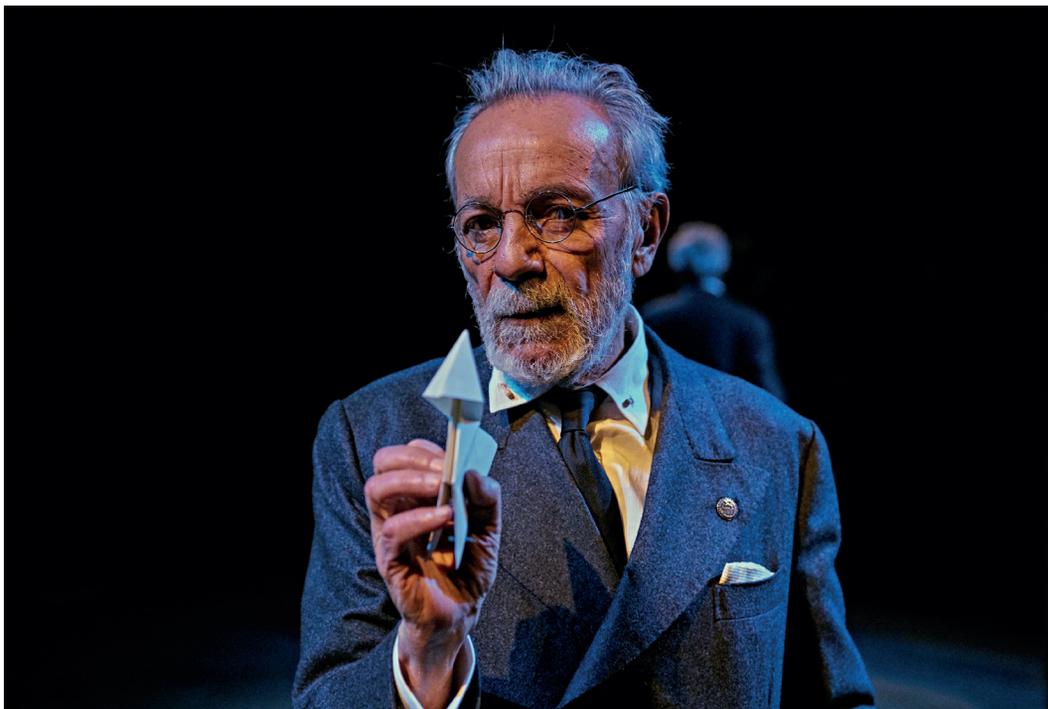
Tras el tiempo calculado de montaje y sonorización, el 11 de octubre de 2016 hubo un pase



Representación del acto académico del 12 de octubre de 1936 en el Paraninfo de la Universidad de Salamanca. José Luis Gómez como Miguel de Unamuno. Foto: Alejo Sabugo.



AlejoSabugo



José Luis Gómez como Unamuno. Foto: Sergio Parra.

de la película en el Teatro Liceo de Salamanca al que asistieron Colette y Jean Claude Rabaté, los insustituibles profesores franceses que han biografiado y estudiado, como nadie antes había hecho, la vida y la obra de Miguel de Unamuno. Allí les conocí y fue el comienzo de una relación de amistad y trabajo que dura hasta el día de hoy. Su glosa sobre los apuntes de Unamuno, durante los días de la Salamanca ocupada, *Del resentimiento trágico de la vida*, más allá de sus otros estudios sobre nuestro pensador, se me antoja de extraordinaria importancia.

Manuel Menchón había convencido al entonces rector de la universidad, Daniel Hernández

Ruipérez, para que pudiésemos representar como acto, al siguiente día y ochenta años después del suceso, el enfrentamiento entre Miguel de Unamuno y Millán Astray. Yo le había rogado que escogiera los textos y así lo hizo incluyendo la carta a su amigo Quintín de Torre, algún poema, varias y valiosas sugerencias.

Tras breves ensayos salimos al público. El impacto sobre los asistentes fue enorme. Entre ellos, y muy cerca, se encontraba Pollux Hernández a quien ya conocía.

Película, lecturas, visionado frecuente de fotos y el acto en el Paraninfo, habían ido dejando



José Luis Gómez como Unamuno. Foto: Sergio Parra.

huellas cada vez más profundas en mi interior. Sabiéndolo o no, ya había tomado la decisión de seguir trabajando sobre Unamuno.

Así me ocurrió años atrás con Manuel Azaña, tras poner en escena su *Velada en Benicarló*: decisión inconsciente que me llevó a imaginar, mucho más tarde, «Azaña, una pasión española», que he representado a lo largo de más de treinta años.

«VENCERÉIS, PERO NO CONVENCERÉIS»

Cuando fui consciente de mi decisión hablé de ella con Manuel Menchón, quien, por razones obvias, me parecía la persona idónea

para acompañarme en esa aventura. Pero, cuando tuve disponibilidad para ponerme a trabajar en ella, a Manuel le habían llovido otros compromisos que no podía desdeñar; esa imposibilidad me colocó sólo ante el peligro y cavilando acerca de quién podría ser el compañero en el nuevo e incierto viaje.

Era necesaria una persona familiarizada y amante del legado de don Miguel, pero, además tenía que ser alguien conocedor y frecuentador del hecho teatral. Pedí consejo a quien pudiera dármele: no me sirvió de mucho y, tras algún tiempo, llegué a la conclusión de que Pollux Hernández, a quien conocía poco, pero que había presenciado el acto del



Miguel de Unamuno (José Luis Gómez) a la salida del Paraninfo el 12 de octubre de 1936. Foto: Alejo Sabugo.

Paraninfo y hecho un relato de sus impresiones que no me dejó indiferente, era el compañero idóneo. Y se lo propuse y aceptó.

Apenas conocía entonces el trayecto vital de la persona con quien iba a colaborar e intimar estrechamente: escritor como don Miguel, y salmantino, Pollux emigró muy joven al Reino Unido y, posteriormente, a Australia, donde cursó estudios. De vuelta a Europa, hizo su doctorado, sobre la puesta en escena del teatro latino, en la Sorbona. También fue, durante muchos años, terminólogo de la Unión Europea en Bruselas. Para cuando comenzamos a trabajar juntos, se había jubilado.

Nos retiramos unos días a mi Atlántico y comenzamos a trabajar de inmediato, conversando sobre la vida del escritor en la Salamanca ocupada de 1936. Al poco tuve una idea: «vi» al actor que habría de interpretar a don

Miguel, caracterizado como tal, colocarse ante un espejo para arreglarse la ropa... ¡y aparecer en él la figura del auténtico don Miguel! Y yo tendría que interpretar a ambos diferenciándolos tan sólo mediante la alocución.

De inmediato Pollux me aclaró que esa idea ya la había tenido nuestro escritor: ¡era la idea medular de su obra *El Otro*, aunque, en su caso se tratase de dos hermanos!

Quedé perplejo: ¿cómo era posible que la misma idea me hubiera visitado también a mí, ignorando la existencia misma de la obra?

Leí la pieza con asombro y quedé convencido: aquel azar era el mejor signo de que estaba en el justo camino.

Muy pronto se hizo explícita la ruta a seguir: un actor, que va a interpretar a don Miguel de



La isla del viento, de Manuel Menchón. José Luis Gómez en el papel de Unamuno. Foto: Alejo Sabugo.

Unamuno, al comienzo de la función se observa en el espejo de su camerino y, en su lugar, aparece el personaje objeto de su trabajo.

A partir de ese momento el proceso tomó velocidad de crucero. Pollux había venido al Sur bien pertrechado: trajo entrevistas de diversos periodistas extranjeros que visitaron a don Miguel, transcripciones de emisiones radiofónicas, artículos de periódicos de la época, cartas, poemas. Se trataba ahora de ordenar todo ese material dramáticamente; surgieron muchas incógnitas acerca del comportamiento de don Miguel durante los días

de la rebelión militar en la Salamanca ocupada y sus juicios acerca del general Franco; y esas incógnitas debían aparecer como tales en nuestro guion.

Las ideas escénicas brotaban como hongos en otoño: fotos de la guerra tratadas pictóricamente, de la mano de Carlos Saura; proyecciones de sombras en movimiento, reconstrucciones de los partes radiofónicos de la época; un ir y venir del actor desde delante del espejo para encontrar a don Miguel detrás del mismo, y el mismo proceso con nuestro escritor desde detrás hacia delante.



La isla del viento, de Manuel Menchón. José Luis Gómez en el papel de Unamuno. Foto: Alejo Sabugo.

Al actor decidí llamarle, para mis adentros, también el «Otro», en debido homenaje.

Entretanto ya se había hecho evidente que el espectáculo que iba tomando forma iba a necesitar de una gran complejidad técnica y que yo iba a estar sobrecargado de tareas, al pretender asumir la interpretación de los dos personajes: el «Otro» y don Miguel de Unamuno.

Iba a necesitar de un director de escena asociado con quien compartir el arduo trabajo previsible.

Pero el guion aún no estaba terminado y Pollux había tenido que volver a Bruselas, donde vive habitualmente. Y yo tenía muchas dudas sobre la escena en la que el actor se pregunta a sí mismo, y a don Miguel, sobre sus juicios sobre el general Franco. Había requerido tericamente pormenores a los Rabaté pero no conseguía dar forma a la secuencia. Y decidí ir a Bruselas, a casa de Pollux. Allí conseguí

terminarla, bajo los oídos atentos de mi amigo, escribiendo, tachando y leyendo en voz alta para ambos. Al poco, el guion de «Venceréis pero no convenceréis» estaba terminado.

Para estas ya había amanecido en mí la idea de quién podría ser el compañero ideal en la dirección del espectáculo. Carl Fillion, canadiense casado con española y muy vinculado por ello a nuestro país, es un escenógrafo y director de escena de relieve internacional, colaborador habitual del mítico Robert Lepage y del Cirque du Soleil de Montreal: con una intensa formación en ingeniería técnica, Bellas Artes y escenografía, era amigo desde años atrás y había asistido a su boda por su vinculación familiar con Pilar de Yzaguirre, la admirada distribuidora teatral.

Le llamé y le expuse el proyecto y le envié el guion; de a poco me contestó aceptando y acordamos fechas y los términos de la codirección.

El proceso de ensayos fue revelador de muchos aspectos de su personalidad y la mía. Carl desconocía casi al completo la vida y obra de don Miguel de Unamuno; pero le sobraba sensibilidad para percibir y entender cualquier contexto y detalle, más allá de poseer una fabulosa capacidad técnica, con fino instinto para adaptarla a las necesidades de las estructuras dramáticas.

Yo, impregnado de todo lo referente a don Miguel, –aunque con el tiempo he constatado que siempre será insuficiente– me sentí capacitado para asumir la interpretación del actor, del «Otro», y la de don Miguel que aparece en el espejo; pero había subestimado la complejidad del guion que yo mismo había

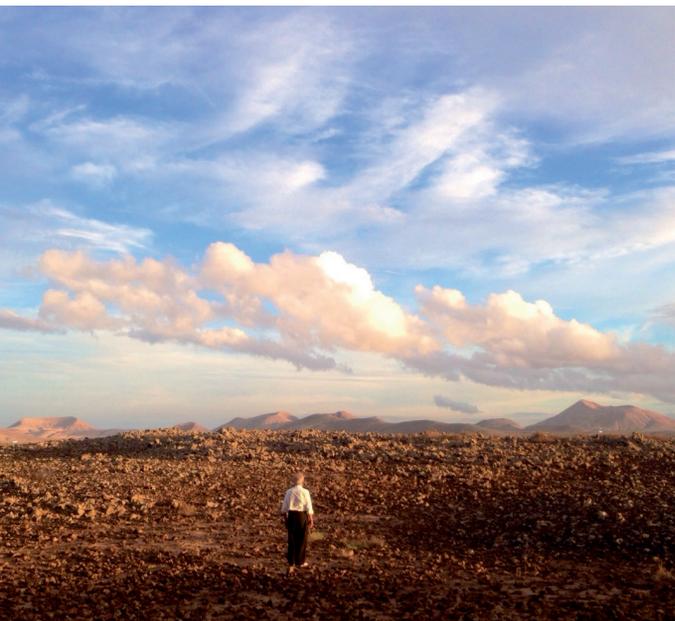
contribuido, con Pollux, a elaborar, así como la riqueza y variedad de las soluciones técnicas que habría de aportar Carl.

Dividido entre el proceso de encarnación que me demandaban los dos papeles, con el mismo aspecto físico, y la prolijidad de «tops» técnicos que debía de tener en cuenta, a mitad de los ensayos mi capacidad de atención se vió excedida. Y propuse a Carl que él figurara en los créditos como director principal y yo en segundo lugar para dedicarme por completo al trabajo interpretativo.

Tras cuarenta días de ensayos, el 21 de febrero de 2018, se confrontó nuestra obra con el público en el Teatro de La Abadía. Al estreno



La isla del viento, de Manuel Menchón. José Luis Gómez en el papel de Unamuno. Foto: Alejo Sabugo.



La isla del viento, de Manuel Menchón. José Luis Gómez en el papel de Unamuno. Foto: Manuel Menchón.

asistieron representantes de la Universidad, de la Fundación Salamanca Ciudad de Cultura y Saberes, coproductores, y del Teatro Liceo, donde se representó, meses más tarde, en la ciudad donde vivió don Miguel.

El espectáculo bajó del repertorio de la Abadía a causa de su alto coste técnico.

Tengo testimonio de que su memoria quedó impresa en el sensorio de cuantos lo vieron.



¿Qué me ha quedado de este largo bregar con la obra y memoria de don Miguel de Unamuno?

En primer lugar, el increíble regalo que implica su frase «pensar el sentimiento, sentir el pensamiento», que me acompaña y aplico en cuantas ocasiones puedo.

En segundo lugar, mi incompreensión de su angustia por «dejar de ser» al término de la vida física; más allá de la esperanza que abrigo, pero sólo eso, de «seguir siendo» de otro modo, después de la muerte.

Alcanzo a entender, por resonancia, el ardor y necesidad de don Miguel de perpetuarse, por medio de sus hijos y de sus obras.

Sin embargo, la profesión que he elegido me pone en continuo e íntimo contacto con la luz de lo efímero, esencia misma del vivir. Y esa luz es particularmente intensa encima de un escenario e interpretando, además, a don Miguel de Unamuno.

Para mí el sólo hecho de existir implica una experiencia tan profunda que, sólo por ella, ha merecido la pena venir al mundo. Y es fuente de permanente gratitud.

Pero, ante todo, intentar penetrar en la vida y la obra de don Miguel ha significado el regalo de conocer, o atisbar a conocer, a un pensador de insobornable altura moral y coraje cívico que ya me acompaña en mí, breve siempre.